

Nuestros juicios.

El telégrafo ha anunciado las repetidas conferencias que en estos últimos días ha celebrado nuestro ilustre y querido Jefe Sr. Romero Robledo, con el eminente estadista, actual Presidente del Gobierno, Sr. Cánovas del Castillo.

No llamarían nuestra atención semejantes entrevistas, conociendo la cordialidad de relaciones que entre ambos personajes existe, si en alguna de ellas no hubiese estado presente el Sr. Silvela.

Como nosotros, la prensa de la Corte las ha considerado de tal importancia, que apesar de la reserva que sobre ellas se guarda, no puede por menos de convenir, han debido versar sobre los problemas políticos de actualidad.

Nosotros, que a la distancia en que vivimos de aquellos centros, caldeados por las pasiones, las luchas y las intrigas, seguimos con afán el desarrollo de los acontecimientos que suelen a las veces, llegarnos trasnochados, no por ello dejan de preocuparnos de antemano los sucesos, que juzgamos con la relativa calma que proporciona al espíritu, el desconocimiento de encontradas opiniones, atentos solamente a los hechos consumados.

Con efecto; si hacemos partir nuestros juicios desde la última llamada a poder del partido conservador, notamos que, ó ha llegado demasiado pronto ó demasiado tarde.

Si lo primero, podría servir de comprobación, la frialdad con que por el país fué recibido su advenimiento y la actitud expectante en que se ha colocado.

Si lo segundo, la constitución de su Gobierno bastaría á declararlo: la falta de homogeneidad en los elementos que le componen lo afirman.

Debemos, por tanto convenir, en que el gabinete en puridad, no es conservador: sino que representado por hombres de diversas escuelas, hacen bullir en su seno sus propias tendencias, procurando constituir un centro armónico, que en resumen viene á determinar la conjunción de ideas y principios.

La reciente derrota sufrida por el señor Silvela en las pasadas elecciones, han dado aliento y preparado á los demás partidos en tales términos, que se disponen monstruosas coaliciones para

la próxima; ante semejante peligro, precisa la prevención para oponer á preconcebidos fines, lo que estas pudieran esperar de la debilidad ó impericia de los gobernantes.

Nuestro ilustre y querido Jefe, el Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo, es hoy el factor más importante en la política española.

Conocidas sus arraigadas convicciones monárquicas, su espíritu eminentemente batallador y llevando tras sí un partido perfectamente organizado, para nadie puede ser sospechoso y en los momentos actuales se impone su concurso.

¿Que pueden tener de extraño sus conferencias con los Sres. Cánovas y Silvela para los amantes de las instituciones y el país?

¿Que de extraño se ensanchara la conjunción, para hacerla capaz de prevenir futuros contingentes?

Cartas fusionistas.

Distinguido amigo y correligionario: ¿Que reunión la de la otra noche en nuestro círculo? Ya te lo dije en una de nuestras últimas conferencias: Era necesario que D. Práxedes sacara el Cristo para dominar las inquietudes de muchos de nuestros fusionistas. Más tarde que D. Pedro Lina no haya concurrido a la soirée, porque entonces te aseguro que sería a la superficie lo que al fondo de su conciencia guarda soldado nuestro Manzanarés.

Ha notado, mi buen amigo, la ausencia de don Zóilo, el que fué médico de cámara de nuestro jefe, y ha notado también el évido en que se tiene a la huerte de nuestro preclaro general Lopez Dominguez. ¿Y qué he de decirte Ni Canalejas, ni Aguilera, ni Vega de Armijo, individuos que, como sabes, constituyen ahora la trinidad de las aspiraciones políticas de nuestro grupo, han dado señales de vida. Por lo visto temieron al jefe y se ocultaron de sus mestofélicas y atrevidas miradas.

Todo ha quedado lo mismo. El mismo Lina continúa en la Junta directiva. Presilla, funcionando de igual modo. Omedo, queda en la misma categoría. Confieso, mi querido correligionario, que lo sucedido no estaba en el cartel, ya sabes que el programa era distinto: que en él se habían anunciado números extraordinarios, pero luego ha visto que se alteró la función, apesar de que nuestros conjurados pidieren que se eligieran por sufragio universal los individuos que habían de ocupar los cargos vacantes. Surgió, es verdad, el primer relámpago, pero apenas despegó sus labios el jefe, quedaron sellados los Canalejas, los D. Venancio, los Aguilera y los Vega de Armijos: Buena jornada la de hoy para nosotros los procedentes de la cepa de España.

Ya te lo decía yo: en momento en que se

pidiera algo por sufragio, quedábamos derrotados por Presilla y por Lina. No te digo nada de Villasanté, ya puedes figurarte lo que quiero decir al sacar al escapario á figura política tan interesante. Y luego hablamos del sufragio universal, de la independencia de la voluntad, del libre y espontáneo ejercicio, del derecho que nos ha concedido la ley votada en Cortes.

Si alguien me arguye de que no somos liberales, yo las responderé con toda convicción, con esa convicción que nace de la verdad y de la experiencia, que somos más liberales que D. Venancio y que el mismísimo Maná, con todos sus triunfos económico-administrativos. ¿Que no somos liberales! Canalejas, falsa, envidia... No hay quien nos aventaje en Becerra ni en D. Zóilo. La prueba nos la facilitó ayer tarde D. Práxedes, estendiendo los brazos y llevándose los á la cabeza, con asombro trágico, para venir, en suma, á recomendar que se desechara la proposición en que se pedía votación por sufragio para elegir los cargos vacantes. Y á esto llama democracia Pablo Cruz y Grande de Vargas, y á esto llaman libre expresión del pensamiento Canalejas y Vega de Armijo. ¿Verdad es que si uno ni otro han comprendido todavía su misión en nuestro partido!

Ya comprendo lo ocurrido. Don Práxedes, para que no demos una campanada en estos momentos en que celebramos un triunfo electoral que nos han dado la república, sacó de su armario toda la ropa vieja, y nos dejó con la boca abierta. ¿Y qué íbamos á hacer! Protestar del procedimiento pecuniario hubiera sido fatal, pues, porque entonces nos disolvemos por exceso de vitalidad...

Dejemos esto á un lado, mi querido amigo y compañero de conjura. Nos vendrán en que salgamos a relucir los mandiles y el hermano Terrible; ahora lo que nos conviene es trabajar por el engrandecimiento de los indocumentados y de los gramáticos, y dirigir todos nuestros esfuerzos para sacar victoriosos de las urnas á los matuteros de lo política, que van siendo muchos los que se manifiestan en nuestra iglesia con aquel traje, aunque velado pudorosamente con gruesos brillantes en los repliegues de su armadura externa.

¡Voy á complacerte ahora analizando el breve discurso del jefe, hecho en presencia de esa concíave que no tiene nada de dogmático ni científico en sus relaciones con disciplina y con el saber.

Nos ha dicho D. Práxedes, así como suena, que los obsequios y elogios que han tributado en las provincias, no iban dirigidos á él, sino al partido liberal. ¿Te pareció? Entonces ¿por qué se gritaba? ¡viva Sagasta! Lo racional era que gritaran ¡viva el partido liberal! Ya comprenderas que D. Práxedes es muy modesto, pero si alguien da un ¡viva á Alonso Martínez! ó á Gamazo, ó á Canalejas, entonces hubiera dicho que eran ¡vivas! personales, y que el partido nada tenía que ver en ello...

En fin, mi buen correligionario, yo creí que con el sufragio todos seríamos iguales, pero ¡qué decepción! Y eso que Castelar había dicho que prefería el sufragio á una gallina. ¡Vayan ustedes... con Dios.

TRES ESTALLAS.